

no era entre sus manos mas que un instrumento frágil de quien queria servirse para obrar maravillas: Jesucristo, aun sin hablar, obra los mayores prodigios, y el solo contacto de su ropa cura las mas desesperadas enfermedades. Moisés no comunica á sus discípulos el poder de hacer milagros, porque en él era un don extraño, que habia recibido del cielo, y del que no podia disponer: Jesucristo deja á los suyos un poder, aun mayor del que él mismo habia manifestado: Moisés obra siempre en el nombre del Señor; Jesucristo lo obra todo en su propio nombre, y sus obras son las obras de su Padre: no obstante, aquel Moisés que no habia sido anunciado como Jesucristo, que no perdonaba los pecados como él, que no decia ser igual á Dios, sino solamente su siervo fiel; aquel Moisés, temiendo que despues de su muerte le hiciesen sus prodigios ser tenido por Dios, toma sus medidas para que la credulidad de su pueblo no le tribute honores divinos en los siglos futuros; quiere que se ignore en la tierra su sepulcro; se retira al monte para morir donde no le vean sus hermanos, temiendo que vengan á ofrecerle sacrificios al sepulcro; y oculta para siempre su cuerpo á la supersticion de las tribus: ni aun á sus discípulos se manifiesta despues de su muerte; conténtase con dejarles la ley de Dios, y hace los posibles esfuerzos para que le olviden; y Jesucristo, despues de todos los prodigios que obró en Judea, despues de todas las predicciones que le habian anunciado, despues de haberse manifestado como Dios en la tierra, su sepulcro es conocido de todo el orbe, expuesto á la veneracion de todos los pueblos y de todos los siglos; aun despues de su muerte se manifiesta á sus discípulos. ¿Era por ventura menos temible en este caso la supersticion? Ó ¿era acaso Jesucristo menos celoso que Moisés de la gloria del soberano Ser y de la salud de los hombres?

18. Es verdad que Elías resucita muertos, pero tiene precision de echarse muchas veces sobre el cuerpo del niño que resucita, sopla, se encoge, se agita; de donde se infiere que invoca otro poder, que llama del imperio de la muerte una alma que no está sujeta á su voz, y que no es él el dueño de la muerte y de la vida; Jesucristo resucita los muertos como si hiciera cualquiera accion comun de la vida; habla como dueño á los que duermen el sueño eterno, é inmediatamente da á conocer que es el Dios de los muertos como de los vivos, y nunca mas tranquilo que cuando obra las mayores maravillas.

19. Finalmente, los poetas nos representaban á sus sibilas y sa-

cerdotisas como furiosas cuando pronosticaban lo futuro: parece que no podian sufrir la presencia del espíritu impostor que en ellas habitaba; aun nuestros Profetas cuando anunciaban las cosas futuras, sin perder el uso de la razon y sin salir de la gravedad y decencia de su ministerio, eran poseidos de un entusiasmo divino; muchas veces era preciso despertar en ellos el espíritu profético con el sonido de una lira: bien se dejaba conocer que los animaba un impulso extraño, y que la ciencia de lo futuro y los misterios ocultos que anunciaban á los hombres no los sacaban de su propio caudal; pero Jesucristo profetiza del mismo modo que habla; la ciencia de lo futuro ni le inmuta, ni le turba, ni le sobrecoge, porque contiene en su espíritu todos los tiempos: los misterios futuros que anuncia no son en su alma luces repentinas é infusas que le turben, sino unos objetos familiares que siempre tiene presentes y cuyas imágenes halla en su interior, y todos los siglos futuros se comprenden bajo la inmensidad de su vista, como el presente dia que nos alumbrá: por eso ni la resurreccion de los muertos, ni la prediccion de lo futuro turban su ordinaria tranquilidad: parece que está jugando cuando obra maravillas en el mundo, y si alguna vez da á entender que se turba y enfurece, es solo á vista del pecado y de la obstinacion de su pueblo: porque cuanto mayor es su santidad, tanto mas aborrece el pecado; y la sola cosa que el Hombre-Dios puede ver con furor, es el espectáculo de una conciencia manchada con delitos.

20. Esta es la omnipotencia de Jesucristo; sus milagros no dan señal alguna de dependencia, y no contento con manifestarnos con esto que es igual á Dios, nos avisa que todas las maravillas que su Padre obra en la tierra son tambien obra suya; y que las obras de su Padre son sus obras. ¿Teneis noticia de algun profeta hasta Jesucristo que haya hablado de este modo? y que en vez de dar á Dios la gloria, como el autor de todo don excelente, se haya atribuido á sí mismo los grandes prodigios que el Señor se dignaba obrar por su ministerio?

21. Pero, católicos, nosotros además de haber sido anunciados con Jesucristo somos partícipes de su soberanía sobre todas las criaturas. El cristiano por la fe es dueño de la naturaleza: todo le está sujeto, porque él solo está sujeto á Dios: todas sus obras en algun sentido deben ser milagrosas, porque todas deben derivarse de un principio sublime y divino y exceder las fuerzas de la humana flaqueza: debemos ser, por decirlo así, hombres milagrosos y dueños



del mundo, despreciándole; elevados sobre las leyes de la naturaleza, sobrepujándolas; árbitros de los sucesos, sujetándonos á ellos; y aun mas fuertes que la muerte, deseándola: este es el sublime estado del cristiano. Es preciso, pues, que Jesucristo sea muy grande para haber levantado á tanto poder y grandeza á la flaqueza humana.

22. Finalmente, el último carácter resplandeciente de su ministerio son las maravillosas y hasta entonces inauditas circunstancias que componen el discurso de su vida mortal. Bien sé que vino pobre y humilde; pero entre esta exterior apariencia de oscuridad y desprecio, aun sus mismos enemigos se ven precisados á reconocer en él el resplandor de su divinidad.

23. Primeramente, aunque le miren como á un hombre semejante á nosotros, le creen, no obstante, formado por la operacion invisible del Altísimo en el seno de la Virgen de Judá, contra la ley ordinaria de los hijos de Adán. ¡Qué gloria esta, aun cuando no tuviera otra, para una pura criatura!

24. En segundo lugar, apenas nació, cuando las celestiales lecciones hacen resonar los aires con cánticos de alegría, y nos enseñan que este nacimiento glorifica al Altísimo y trae la eterna paz á la tierra. ¿Quién es, pues, esta criatura que puede glorificar al Altísimo y no halla su gloria sino en sí misma? Pero despues un nuevo astro llama á los Magos en lo interior del Oriente, y guiados por una misma luz, vienen estos hombres justos desde las extremidades de la tierra á adorar al nuevo Rey de los judíos.

25. Examinad todas las circunstancias de su vida: si María le presenta en el templo, un justo y una santa mujer anuncian su futura grandeza, y transportados de una santa alegría, mueren contentos despues de haber visto á aquel á quien llaman salud del mundo, luz de las naciones y gloria de Israel. Los doctores, juntos en el templo, ven con admiracion su niñez mas sábia é ilustrada que toda la sabiduría de los ancianos: segun va creciendo se va manifestando su gloria: el Bautista, el mayor de los hijos de los hombres, se humilla en su presencia y se tiene por indigno de servirle, aun en los mas viles ministerios: el cielo se abre muchas veces sobre su cabeza y declara que aquel es el Hijo amado: los demonios espantados huyen de su presencia, no pudiendo sufrir su santidad, y confiesan que es el Santo de Dios. Juntad, pues, tan nuevos y tan distintos testimonios, circunstancias tan extraordinarias é inauditas. ¿Quién es, pues, este hombre que se manifiesta en la tierra

con tanto resplandor? ¿no tienen buena excusa los pueblos que le adoran?

26. Pero estos no son mas que unos débiles preludios de su gloria: si se retira al Tabor, acompañado de tres discípulos solos, su gloria, impaciente, si es lícito decirlo así, de haber estado hasta entonces como cautiva bajo el velo de la humanidad, brilla hácia fuera; déjase ver todo rodeado de resplandores: el Padre celestial temiendo entonces que la gloria de Jesucristo fuese ocasion de error y de idolatría á los discípulos, admirados y testigos del espectáculo, parece que hubiera debido avisarles que este Jesús á quien veian tan glorioso no era mas que su siervo y su enviado; pero al contrario, les declara que es su Hijo amado, en quien se complace, sin poner límites á los honores que quiere le tributen. Cuando Moisés se manifestó cercado de gloria y como transfigurado en la montaña de Sínai, temiendo que los israelitas, inclinados siempre á la supersticion, le tuviesen por un Dios bajado á la tierra, declaró al mismo tiempo el Señor desde lo alto del cielo, entre truenos y relámpagos: *Yo soy quien soy, y no adoraréis mas que á mí solo*<sup>1</sup>. El mismo Moisés se presenta al pueblo, llevando en las manos las tablas de la ley, como para darle á entender que aun en medio de la gloria de que le veian adornado, no era mas que ministro, y no autor de la ley santa; que á él solo le tocaba presentarla grabada en la piedra, y que solo Dios era quien podia imprimirla en los corazones: pero Jesucristo se manifiesta en el Tabor como legislador: el Padre eterno no le da una nueva ley para que la traiga á los hombres, solamente les manda que le oigan, y se le presenta como legislador, ó por mejor decir, como su ley viva y eterna. ¿Qué mas puedo decir, católicos? Si desde el Tabor pasamos al Calvario, á aquel lugar en donde debian consumarse todos los oprobios del Hijo del Hombre, el mismo Calvario sirve de teatro á su gloria y á su divinidad: toda la naturaleza desordenada le reconoce allí como á su Autor; los astros que se ocultan, los muertos que resucitan, las piedras de los sepulcros que se abren y se rompen, el velo del templo que se rasga, y la incredulidad misma que le confiesa por boca del Centurion; bien se conoce que no es un hombre comun el que muere, y que en este monte está pasando alguna cosa nueva y extraordinaria.

27. Muchos justos habian muerto antes de él á manos de los impíos. El palacio de Herodes acababa de ver la cabeza del Bautis-

<sup>1</sup> Exod. iii; Deut. vi.



ta hecha premio de la sensualidad. Isaías glorificó á Dios con una muerte terrible, y no obstante la sangre de los reyes de quienes descendia, no pudo su augusta ascendencia libertarle de las persecuciones, que son siempre la recompensa de la verdad y del celo. Otros muchos murieron por la justicia; pero parecia que la naturaleza toda entera se interesaba en sus trabajos. Los muertos no salian de sus sepulcros, como para reprender á los vivos sus sacrilegios; nada de esto se habia visto aun en la tierra.

28. Recorred los demás misterios de su vida; en todos hallaréis nuevos rasgos que le distinguen de los demás hombres. Si resucita de entre los muertos, además de hacerlo por su propia virtud (lo que hasta entonces nunca se habia visto), es para no volver á morir, como otros á quienes resucitaron los Profetas, y recibe en la tierra una vida inmortal, lo que nunca se concedió á criatura alguna.

29. Si sube al cielo no es en un carro de fuego que le arrebatara de un golpe: él mismo se eleva con majestad, deja á sus amados discípulos tiempo bastante para que le acompañen con la vista y para que rindan las debidas adoraciones á su divino Maestro. Los Angeles se presentan delante de este Rey de la gloria, como para recibirle en su imperio, y consuelan á los afligidos discípulos, prometiéndoles que volverá á la tierra rodeado de gloria y de inmortalidad; todo anuncia en la tierra al Dios del cielo, que vuelve al lugar de donde habia salido, que va á tomar posesion de su gloria; todo persuade á los hombres esta verdad.

30. Cuando Elías fue arrebatado en el carro de fuego, no tuvo por testigo de esta ascension milagrosa mas que á un solo discípulo; sucedió esta en un lugar apartado y distante de la vista de los demás hijos de los Profetas, los que acaso, mas crédulos y menos instruidos que Eliseo, hubieran en aquel instante tributado honores divinos á este hombre milagroso; pero Jesucristo sube al cielo rodeado de gloria, á vista de quinientos discípulos; los mas débiles, y aun aquellos en quienes estaba menos radicada la fe de la resurreccion, son llamados los primeros al santo monte; nada se teme de su credulidad; al contrario se le sufren sus adoraciones, como sus pesares y lágrimas; y una vida llena de prodigios, tan inauditos hasta entonces en la tierra, se termina por último con una circunstancia aun mas maravillosa, y la que únicamente bastaria para hacerle mirar como á un Dios, y para eternizar el error y la idolatría entre los hombres.

31. Es cierto, católicos, que si los siglos paganos para justificar los impíos é insensatos honores que tributaban á sus legisladores, á los fundadores de los imperios, y á otros hombres célebres, hacian decir á sus historiadores y poetas, que estos héroes no habian muerto, que solo habian desaparecido de la tierra; que siendo de naturaleza de dioses, habian subido al firmamento para ocupar en él su lugar con los demás astros (que segun ellos eran otras tantas divinidades que nos alumbran), y para gozar allí de la inmortalidad debida á su nacimiento divino; si una tan grosera ficcion bastó para mantener á los hombres idólatras por tanto tiempo, ¿qué impresion no debia hacer en los pueblos la verdad de este hecho? Y si el universo habia adorado á unos impostores que publicaban falsedades, ¿no hubiera tenido excusa en adorar á un hombre milagroso, á quien los mismos hombres vieron levantarse sobre los astros, cercado de gloria?

32. Pero advertid, católicos, que la ocasion de error no acabaria con Jesucristo: se nos anuncia tambien que aparecerá al fin de los siglos, en medio de los aires, rodeado de poder y majestad, y acompañado de todos los espíritus celestiales; que todas las naciones juntas y temblando esperarán á sus piés la decision de su eterno destino; que pronunciará como soberano su decisiva sentencia; que los Abrahanes, los Moisés, los Davides, los Elías, los Bautistas, cuanto ha habido grande y maravilloso en todos los siglos, estará sujeto á su juicio y á su imperio: que él solo se levantará sobre todo poder y toda dominacion, y sobre todo lo que se llama grande en el cielo y en la tierra; que levantará su trono sobre las nubes al lado del Altísimo; que no solo parecerá dueño de la vida y de la muerte, sino rey inmortal de los siglos, príncipe de la eternidad, jefe de un pueblo santo, y árbitro de todas las criaturas. ¿Quién es, pues, este hombre á quien el Señor ha comunicado tal poder? Los muertos que se presentarán en su juicio, ¿podrán ser condenados por haberle adorado, habiéndole visto revestido de tanta gloria, majestad y poder?

33. Para finalizar esta primera parte de mi discurso os pido que hagais una reflexion, y es: que si en Jesucristo se hubiera hallado una larga vida, y en ella no mas que un rasgo extraordinario y divino, se pudiera creer que el Señor algunas veces se complace en hacer resplandecer su gloria y su poder en sus siervos; por eso fue arrebatado Enoc; Moisés se transfiguró en el monte santo; Elías subió al cielo sobre un carro de fuego; el Bautista fue anunciado;



pero además de que estas eran circunstancias únicas, y que el lenguaje de estos hombres milagrosos, y de sus discípulos, hablando de la Divinidad y de sí mismos, no dejaba lugar á la superstición ni al engaño; en Cristo hay un conjunto de maravillas, que cada una de ellas hubiera podido engañar la credulidad de los hombres: en él se hallan todos los rasgos repartidos en estos hombres extraordinarios, que fueron mirados casi como dioses en la tierra y aun de un modo mas glorioso y divino: profetiza, pero con mas majestad, y con caracteres mas resplandecientes que el Bautista: se manifiesta transfigurado en el monte santo, pero rodeado de mas gloria que Moisés: sube á los cielos, pero con mas señales de poder y de majestad que Elías: ve lo futuro, pero con mas claridad que todos los Profetas: nace, no solo de un vientre estéril como Samuel, sino tambien de una Virgen pura é inocente. Pues ¿qué he de decir? Y no solo no desengaña á los hombres con expresiones claras y precisas acerca de su origen puramente humano, sino que su estilo acerca de su igualdad con el Altísimo, la sola doctrina de sus discípulos, que nos dicen que desde la eternidad estaba en el seno de Dios, y que todo fue hecho por él, que le llaman su Señor y su Dios, que nos enseñan que está todo en todas las cosas, justificaria el error de los que le adoran, aun cuando su vida hubiera sido comun y semejante á la de los demás hombres.

34. Ó vosotros los que le negais su gloria y su divinidad y que no obstante le mirais como á enviado de Dios para instruir á los hombres, acabad la blasfemia y confundidle con aquellos impostores que vinieron á engañar al mundo, pues léjos de establecer en él la gloria de Dios y el conocimiento de su nombre, el resplandor de su ministerio no hubiera servido mas que de ensalzarle á divinidad, de hacerle colocar malamente al lado del Altísimo, y de sepultar á todo el universo en la mas peligrosa, la mas larga, la mas inevitable y universal de todas las idolatrías.

35. Nosotros, católicos, los que creemos en él, y á quienes ha sido revelado el misterio de Cristo, no perdamos de vista este modelo divino, que nos manifiesta el Padre desde lo alto del monte santo; consideremos el espíritu de los diversos misterios que componen toda su vida mortal: estos son los diferentes estados de la vida del cristiano en la tierra. Reconozcamos el nuevo imperio que vino á formarse Jesucristo sobre nuestros corazones: el mundo á quien hasta aquí hemos servido, no ha podido librarnos de nuestras penas y miserias: buscábamos en él la libertad, la paz, la dul-

zura de la vida, y hemos hallado la confusion, la servidumbre, la amargura y la desgracia de nuestros dias. Ved aquí un nuevo Salvador que viene á traer la paz á la tierra, pero no nos da la paz como la promete el mundo. El mundo habia querido conducirnos á la paz y á la felicidad por los deleites de los sentidos, por la indolencia y por una vana filosofia; no ha salido con su intento, y favoreciendo nuestras pasiones ha aumentado nuestras penas: Jesucristo viene á proponernos nuevos caminos para llegar á la paz y á la felicidad que buscamos; el despego, el desprecio del mundo, la mortificacion de los sentidos y la abnegacion de nosotros mismos son los nuevos bienes que viene á manifestar á los hombres. Desengañémonos, pues; no tenemos mas felicidad que esperar, aun en esta vida, que el reprimir nuestras pasiones y prohibirnos los violentos deleites que turban y corrompen el corazon: solamente la filosofia del Evangelio forma sábios y hace felices, porque sola ella arregla el espíritu, fija el corazon y restituye el hombre á sí mismo, restituyéndole á Dios. Los que han querido seguir otros caminos no han hallado mas que vanidad y aflicciones de espíritu. Y solo Jesucristo, viniendo á traer la espada y la separation, vino á traer la paz á los hombres.

36. ¡Oh Dios mio! yo sé, bien á mi costa, que el mundo y sus deleites no hacen felices á los hombres: venid, pues, á recobrar un corazon que ha huido en vano de Vos, y que á pesar suyo sus propios disgustos os le traen: venid á ser su Salvador, su paz y su luz, y mirad mas sus desgracias que sus delitos.

37. Ved aquí, hermanos míos, como el ministerio de Jesucristo seria para los hombres una inevitable ocasion de idolatría, si no fuera mas que una simple criatura: veamos ahora como el espíritu de su ministerio seria el lazo de nuestra inocencia.

*Segunda parte.*

38. El resplandor del ministerio de Jesucristo aun no es lo mas augusto y magnífico que en él se halla. Por grande que nos haya parecido por los oráculos que le anunciaron, por las obras que hizo y por las admirables circunstancias de sus misterios, esto no es mas, por decirlo así, que lo exterior de su gloria y de su grandeza; y para conocer todo lo que en él hay, es necesario contemplar el fondo y el espíritu de su ministerio. El espíritu, pues, de su ministerio encierra su doctrina, sus beneficios y sus promesas. Des-



cubramos, pues, todo lo que en sí encierra, y hagamos ver, ó que es necesario negar á Jesucristo su cualidad de hombre justo, y de enviado de Dios todopoderoso, que es lo que conceden los enemigos de su divinidad, ó confesar que es un Dios encarnado, que bajó á la tierra para salvar á los hombres.

39. Esta, católicos, es una alternativa inevitable: si Jesucristo es santo, es Dios: y si su ministerio no es un ministerio de error y de impostura, es el ministerio de la misma eterna verdad, que se ha manifestado para instruirnos. Los enemigos, pues, de su nacimiento divino están obligados á confesar que fue un Hombre justo, inocente, amigo de Dios; y si ha habido en el mundo algunos espíritus bárbaros é impíos que se atrevieron á blasfemar contra su inocencia y á confundirle con los impostores, estos solo han sido algunos mónstruos de quienes ha tenido horror el humano linaje, y cuyo nombre odioso, aun á la naturaleza, ha quedado sepultado en las mismas tinieblas de donde habia salido el horror de su impiedad.

40. Á la verdad, ¿qué hombre se habia visto hasta entonces en la tierra con mas incontrastables caracteres de inocencia y santidad, que Jesucristo hijo de Dios vivo? ¿En qué filósofo se observó jamás tanto amor á la virtud, tan sincero desprecio del mundo, tanta caridad para con los hombres, tanta indiferencia para la gloria humana, tanto celo de la gloria del Ser supremo y tanta elevacion sobre todo lo que los hombres admiran y buscan? ¿Qué celo por la salud de los hombres! Todos sus discursos, todos sus cuidados, todos sus deseos, todas sus inquietudes se dirigen á este fin. Los filósofos solamente criticaban á los hombres, sin intentar mas que hacerles conocer su flaco ó su ridiculez: Jesucristo no habla de sus vicios sino para enseñar los remedios: los unos eran censores de las flaquezas humanas; Jesucristo es el médico: los unos se preciaban de notar en sus prójimos vicios de que ellos no estaban exentos; este habla siempre con un amargo dolor de los defectos de que le exime su inocencia, y aun derrama lágrimas por los desórdenes de una ciudad infiel; bien se conoce que los unos no intentaban corregir á los hombres, sino hacerse estimar despreciándolos, y que el otro solo piensa en salvarlos, y que le mueven poco sus aplausos y estimacion.

41. Observad por menor sus costumbres y conducta, y ved si hubo jamás en la tierra un justo mas universalmente exento de todas las flaquezas, aun las mas inseparables de la humanidad: cuan-

to mas se le observa, mas se descubre su santidad. Sus discípulos que le veían mas de cerca, son los que mas se admiran de la inocencia de su vida; y la familiaridad, tan peligrosa á la mas heroica virtud, solo sirve de descubrir cada dia nuevas maravillas en la suya; siempre habla un lenguaje del cielo; no responde sino cuando sus respuestas pueden ser útiles á la salud de los que le preguntan; no se ven en él aquellos intervalos en que se suele conocer que uno es hombre: en todo parece enviado del Altísimo: las mas comunes acciones son en él singulares por la novedad y gradeza de las disposiciones con que las acompaña. No parece menos divino cuando come en casa del Fariseo, que cuando resucita á Lázaro. Cierito, católicos, que sola la naturaleza no podria llevar tan adelante á la flaqueza humana. No es este un filósofo que da preceptos; es un justo que con su propio ejemplo da las reglas y preceptos de su doctrina. Es preciso, pues, que sea santo, pues aun el mismo discípulo que le entregó alevosamente, interesado en justificar su perfidia manifestando sus defectos, satisface á su inocencia y á su santidad con un público testimonio; y armada contra él toda la malicia de sus enemigos, no puede reprenderle de pecado alguno.

42. Digo, pues, católicos, que si Jesucristo es santo, tambien es Dios; y que si considerais la doctrina que nos enseñó, tanto en orden á su Padre, como á los hombres, si no fuera mas que un hombre ordinario, enviado solamente de Dios para instruir á los hombres, esta doctrina no seria mas que un conjunto de equívocos malignos, ó de ocultas blasfemias.

43. Dije, si considerais la doctrina que nos enseñó en orden á su Padre: porque á la verdad, si Jesucristo no fuera mas que un simple enviado del Altísimo, no pudiera venir mas que á manifestar á las naciones idólatras la unidad de la divina esencia. Pero además de que su mision se ordenaba principalmente á los judíos, los que hacia mucho tiempo que no habian vuelto á caer en la idolatría, y por consiguiente no tenian necesidad de que Dios les enviase un Profeta que les corrigiese un error que no padecian, y un Profeta á quien esperaban desde el principio del mundo como luz de Israel y libertador de su pueblo; además de esto, ¿cómo cumple Jesucristo con su ministerio, y en qué estilo habla del Ser supremo? Moisés y los Profetas, encargados de la misma mision, no cesaban de publicar que el Señor era uno; que era impiedad el compararle á la semejanza de las criaturas; y que ellos no eran mas que sus siervos y enviados, unos instrumentos viles puestos en las



manos de Dios, por cuyo medio obraba grandes maravillas. No se les oía expresion alguna dudosa acerca de un punto de tanta importancia en su mision. De ningun modo se comparaban con el Ser supremo, pues esta comparacion siempre es peligrosísima, por la inclinacion que tenia el hombre á tributar sus respetos al hombre y á fabricarse dioses palpables y visibles. No se valian de ningun término equívoco que pudiese confundirlos con el Señor, en cuyo nombre hablaban, y dar lugar á la idolatría y á la supersticion que venian á destruir.

44. Pero si Jesucristo no fuera mas que un enviado, como ellos, seria necesario que desempeñase su ministerio con tanta fidelidad como ellos. Continuamente está diciendo que es igual á su Padre. Viene á enseñarnos que bajó del cielo y salió del seno de Dios; que era antes que Abraban y que todas las cosas; que el Padre y él no eran mas que uno; que la vida eterna consistia tanto en conocer al Hijo, como en conocer al Padre; que cuanto hace el Padre, lo hace tambien el Hijo. Buscadme un profeta hasta Jesucristo que haya hablado en un estilo tan nuevo, tan inaudito y de tan poco respeto para el Dios supremo, y que en vez de dar á Dios la gloria como á autor de todo don excelente, haya atribuido á sus propias fuerzas las grandes maravillas que el Señor se dignaba obrar por su ministerio. En todas partes se compara al Dios soberano; es verdad que una vez dijo, que el Padre era mayor que él; pero ¿qué es lo que esto puede significar, si él no fuera un Dios encarnado? ¿No tendríamos por insensato á un hombre, que con seriedad nos dijese que el Ser supremo es mayor que él? ¿No es querer igualarse con la Divinidad el atreverse á compararse con ella? ¿Hay, por ventura, alguna proporcion de mas y menos entre Dios y el hombre, entre el todo y la nada? Pero ¿qué digo? Jesucristo no se contenta con decir que es igual á Dios, justifica tambien la novedad de estas expresiones contra las murmuraciones de los judíos que se escandalizaban; lejos de desengañarlos con claridad, los confirma en el escándalo; en todas partes usa de un lenguaje, ó impío, ó insensato, si su igualdad con el Padre no le ilustrara y justificara: si no es Dios, ¿qué es lo que vino á hacer á la tierra? Hubiera venido á escandalizar á los judíos, dándoles motivo para creer que se comparaba con el Altísimo; á engañar á las naciones, haciéndose adorar de todo el mundo despues de su muerte, y no á esparcir sobre la tierra la ciencia, la luz y el conocimiento de Dios, como él mismo decía, sino nuevas tinieblas. Pablo y Bernabé rasgan sus vestiduras

cuando los tienen por dioses; exclaman altamente delante de los pueblos que quieren ofrecerles víctimas, diciendo: Adorad al Señor, cuyos enviados y ministros somos: el Ángel del Apocalipsi cuando san Juan quiere postrarse en la tierra para adorarle, rehusa con horror este respeto y le dice: *Adora á solo Dios*<sup>1</sup>. Y Jesucristo sufre con paciencia que le tributen honores divinos! Y Jesucristo alaba la fe de los discípulos que le adoran y que con Tomás le llaman: *Su Señor y su Dios*<sup>2</sup>! Y Jesucristo confunde á sus enemigos que le disputan su divinidad y su eterno origen! ¿Es acaso menos celoso que sus discípulos de la gloria del que le envia? Ó ¿le importa menos el desengañar á los pueblos de un error tan injurioso al Ser supremo, y que aniquilaria el único fruto de su ministerio?

45. Á la verdad, católicos, ¿qué bien hubiera traído al mundo Jesucristo, si los que le adoran fueran idólatras y profanos? Todos cuantos han creído en él, le han adorado como á Hijo eterno del Padre, imágen de su sustancia y esplendor de su gloria. No se halla en el Cristianismo mas que un corto número de hombres, que teniéndole por enviado de Dios le niegan los honores divinos, y aun esta secta desterrada de todas partes, execrable aun en aquellos lugares en donde hallan asilo todos los errores, está reducida á pocos sectarios, desconocidos y ocultos, castigada en todas partes como impía, luego que se atreve á manifestarse, y obligada á ocultarse en las tinieblas y en las extremidades de las provincias y reinos mas distantes. ¿Es este acaso aquel numeroso pueblo compuesto de todas lenguas, de todas las tribus, de todas las naciones, que Jesucristo vino á formar en la tierra? ¿Es esta aquella Jerusalem celestial, antes estéril y ya fecunda, que debia encerrar en su seno los pueblos y las naciones, y á donde desde las islas mas remotas los príncipes y reyes habian de venir á adorar? ¿Son estas las grandes utilidades que debia sacar el mundo del ministerio de Jesucristo? ¿Es esta aquella abundancia de gracia, aquella plenitud de espíritu de Dios derramado sobre todos los hombres, aquella renovacion universal, aquel reino espiritual y perpétuo, anunciado por los Profetas con tanta majestad y que debia acompañar la venida del Salvador? ¿Qué os parece, católicos? ¿Habia de reducirse una esperanza tan magnífica á ver al mundo en una nueva idolatría? Este suceso tan feliz para la tierra, prometido tantos siglos antes, anunciado con tanta pompa, deseado de todos los justos, manifes-

<sup>1</sup> Apoc. ix, 10. — <sup>2</sup> Joan. x, 28.